

La calle

Diario de un espectador

Jacobo Glantz

por miguel ángel granados chapa

Miércoles 27-October-2004

Los cuadros pintados por Jacobo Glantz están en importantes colecciones y museos, y también esparcidos por todas partes. Tenemos el caso de tres chicos (los identificaremos por las iniciales de sus nombres dobles) que crecieron viendo un autorretrato de Glantz. Llegó a un muro principal de su casa en la colonia del Valle hacia 1976, cuando LF tenía ocho años, TG seis y RG apenas dos. Sigue colgado el Glantz de la casa a la que, ya adultos, vienen de tarde en tarde, o cuando deciden saborear el calor que dan los cuidados maternos, ahora en la colonia Country Club, luego de haber pasado por Guadalupe Inn..

Cuando un golpe político privó de su periódico a una pequeña muchedumbre de periodistas, encabezados por Julio Scherer, pronto se organizó la solidaridad que unida a su propio empeño les permitiera iniciar una nueva publicación. Entre otras acciones, no faltaron artistas que donaron obra suya, para que el martillo y el talento de Raquel Tibol la subastara. Aunque pareciera que del mismo cuero salían las correas. en la venta ocurrida en la sala de arte público Siqueiros, en el Rincón del Bosque, el padre de aquellos tres pequeños, no obstante ser uno de los damnificados de aquel golpe, se hizo del retrato donado por Glantz. Quizá invirtió en la obra algunos pesos que hubieran servido para encarar la intemperie a que desde ese momento se enfrentó.

El retrato de Glantz era fidelísimo, no obstante su búsqueda de técnicas que combinaran el expresionismo con otros modos de ver la realidad. Muestra un rostro pequeño, terminado en la punta de una barba que sería quijotesca de ser más larga. Los ojos perspicaces son aquellos que su autor dirigía en torno suyo, desde muchacho y cuando vino a México.

Desde siempre se codeó con los intelectuales mexicanos, puesto que él mismo era un hombre de pensamiento, dedicado a las artes. En una época poseyó o administró el restaurante Carmel, en el mero corazón de la Zona Rosa. Hace cuarenta años ese barrio de la colonia Juárez era todo lo contrario de hoy. Era el lugar de reunión de quienes tenían alguna inquietud creadora que desahogar. Y hallaban en el Carmel un espacio para encontrarse con sus iguales, y con quienes eran o parecían superiores, o por lo menos más aventajados en los caminos del arte. Ya hemos contado que allí conocimos a Vicente Leñero, a quien nos condujo Ernesto Ortiz Paniagua, un poeta de gran valor y discreción todavía mayor, tanto que deseaba pasar inadvertido. Como sus pasos eran tenues, sus amigos lo llamaron Fanty, aludiendo a su deslizamientos fantasmales.

Pero dejemos que su hija Margo, Premio nacional de letras, nos hable de don Jacobo, de algunos de sus oficios, de cómo vendía pan, por ejemplo:

“Con el tiempo las cosas cambiaron y mi papá se hizo pronto de una clientela. Por la calle de Loreto circulaban unos camioncitos tirados por mulas o por burros y en cada uno de ellos iba el cobrador ruso, el hermano de la amiga de mi mamá, ese que estaba muy bien en México y luego regresó a la Unión Soviética donde desapareció. La ciudad de México llegaba hasta la calle de Coahuila 176 (en 1926), allí había una sola casa, la de un médico que vivía con su madre vieja, y le compraba a mi papá su pan, sus trenzas. La ciudad las recorría a caballo y cuando empezó a vender mejor consiguió un ayudante, Serafín, indio oaxaqueño.

Primero no fue Serafín, era otro. A él le pagaba 1.50 diarios, entonces era mucho dinero. Vendía el pan en abonos. Dejaba el pan para que paguen después. Un día fui a cobrar un dinero que me debían en la calle de Álvaro Obregón esquina con Jalapa, una casa antigua, adentro un jardín y allí vivía un hojalatero, y yo me metí, no sabía que aquí no era costumbre meterse a las casas ajenas y el hombre, muy alto y fuerte, me dio de chachetadass”.